

El matrimonio cristiano

Gén. 2:18-24; Mat. 19:4-6; Ef. 5:22-33

William John HOCKING

biblicom.org

Índice

1 - El matrimonio de Adán	3
2 - La institución antes de la caída	4
3 - Los certificados humanos de matrimonio	4
4 - La invocación de la bendición de Dios	5
5 - La sumisión por parte de la esposa	5
6 - «Como al Señor»	6
7 - El cariño por parte del marido	6
8 - El amor de Cristo por la Asamblea, modelo del marido	7
9 - La creación de un nuevo hogar	8
10 - Los gozos dobles	9
11 - Las penas se reducen a la mitad	10

El carácter del matrimonio es único en el sentido de que fue instituido por Dios desde el principio de la historia del hombre. El lugar preponderante que ocupa en la vida social del hombre proviene, por lo tanto, de la autoridad de Dios. El primer matrimonio fue ordenado en el jardín del Edén para el bienestar de Adán y para coronar su bendición.

1 - El matrimonio de Adán

Cuando fue creado, en el Edén, Adán era perfecto, sin pecado, y estaba rodeado de todo lo que necesitaba para satisfacerle y agradarle. Toda la escena, animada e inanimada, estaba sometida a su voluntad, para su placer; pero estaba solo, porque su supremacía hacía inevitable su aislamiento; esto impedía su perfecta felicidad. «Y dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él» (Gén. 2:18).

Por eso Dios formó a la mujer, no del polvo de la tierra como a Adán, sino de Adán mismo, de modo que la mujer era literalmente hueso de sus huesos y carne de su carne. Eva era la provisión del Creador para Adán. Al darse cuenta de que Adán tenía una carencia en su soledad, Dios le dio una compañera concebida exactamente para llenar lo que faltaba. Así, mediante su matrimonio, ambos se convirtieron en una sola carne, siendo cada uno el complemento del otro.

El matrimonio de Adán es el modelo de matrimonio para todos sus hijos. En todo matrimonio verdadero, Dios ordena la unión. La sabiduría divina ve el momento en que la soledad del hombre ya no le conviene y le da una esposa, con sus características personales, que es el complemento de su naturaleza. Adán no tenía que elegir esposa; solo había una que le convenía, había sido preparada por Dios especialmente para él. Adán no tenía rivales por poseer a Eva. No se puede imaginar esto en el Edén, donde cada uno encontraba en el otro todo lo necesario para satisfacerlo y perfeccionar sus capacidades. Ninguno de los 2 podía elegir o encontrar otra opción.

El primer matrimonio en el Edén fue una exclusividad extraordinariamente simple. Solo 2 seres compartían las alegrías de este acontecimiento. Y hoy en día el matrimonio conserva siempre esta reserva mutua. En el matrimonio, 2 corazones, 2 vidas se convierten en uno, el uno en el otro. En cada matrimonio se forma una nueva pequeña realidad con 2 personas numéricamente, pero una sola administrativamente. ¡Cuán feliz y trascendental es esta nueva experiencia!

2 - La institución antes de la caída

El hecho de que la relación matrimonial entre Adán y Eva se estableciera cuando aún estaban en un estado de inocencia es de suma importancia. En el momento de su unión, el pecado aún no había entrado en el mundo, y su justa sanción, la muerte, aún no se había incurrido. Pero la entrada del pecado por su desobediencia no anuló el carácter santo del matrimonio conferido por Dios en el origen.

De hecho, sobre esta base, el Señor Jesús, mucho tiempo después, defendió la institución primitiva y afirmó que la santidad del matrimonio permanecía. No era una relación introducida por la Ley de Moisés, por ejemplo; el matrimonio era el propósito de Dios para el hombre desde el principio de su historia. Así, el Señor, respondiendo a las burlas de los fariseos, les dijo: «¿Nunca habéis leído que el Creador, desde el principio, los hizo varón y hembra?» (Mat. 19:4). ¿Y no han leído en relación con esto: «Los dos [el hombre y la mujer] serán una sola carne»?

Es cierto que después de unirse por los lazos del matrimonio, Adán y Eva desobedecieron juntos el mandamiento de Dios y cayeron en pecado. Sin embargo, el carácter sagrado del matrimonio que Dios ratificó antes de la entrada del pecado subsistió después. Dios había creado a la única pareja y los había hecho exclusivamente el uno para el otro. Como dijo nuestro Señor, Dios los unió con lazos que el hombre no puede separar. Este carácter permanente del matrimonio siempre ha sido y sigue siendo válido. En toda unión supervisada por Dios, Dios une los 2 corazones y las 2 vidas con un vínculo que nadie puede romper.

3 - Los certificados humanos de matrimonio

Ahora podemos considerar otro aspecto del vínculo matrimonial. Al ser una relación establecida por Dios en las circunstancias originales de la creación del hombre, posee un carácter puro y santo. Sin embargo, es evidente que en el Edén no había testigos humanos del primer contrato matrimonial. Pero cuando la especie humana se multiplicó, se hizo necesario que cada alianza matrimonial tuviera valor a los ojos de los hombres en general y fuera confirmada y aprobada públicamente.

Desde la época de Noé, Dios ha establecido entre los hombres formas de gobierno para mantener el orden civil y el bienestar social. Los “poderes establecidos” en la comunidad están ordenados por Dios, y sus reglas deben ser reconocidas y respe-

tadas por el cristiano (Rom. 13:1-7; 1 Pe. 2:13-14). Por lo tanto, es normal que el matrimonio cristiano se ajuste a los requisitos de las leyes del país. De hecho, se nos exhorta expresamente a someternos «a las autoridades superiores» y «a toda autoridad humana, por causa del Señor». Cuando esto se hace en el caso del matrimonio, el acto de unión se reconoce formal y legalmente, y su validez queda establecida ante los ojos de todos los hombres.

4 - La invocación de la bendición de Dios

La ceremonia de boda exigida por las leyes civiles para conferir el estatus de esposos a las personas involucradas es completamente distinta de la unión espiritual del esposo y la esposa que resulta de la práctica de corazón de estas 2 personas en cuanto al deseo y la dirección de Dios. Este último es el aspecto más serio, pero también el más feliz del compromiso. Por eso, los cónyuges, conscientes de la solemnidad del primer paso que dan en la vida común a la que se comprometen, buscan la comunión y las oraciones de la Asamblea de Dios. Confiesan así abiertamente que, en su nueva relación, su deseo común es recibir la ayuda divina para caminar juntos en el temor del Señor, en la obediencia a su Palabra y en la preservación de la gloria de su nombre.

5 - La sumisión por parte de la esposa

En Efesios 5:22-33, los casados reciben muchos consejos, que expresan los principios rectores que deberían regir sus nuevas relaciones mutuas.

En este pasaje se exhorta a la mujer a estar sumisa a su marido: «Las mujeres estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor». Esta sumisión de la mujer es impopular en este siglo 21, pero la esposa cristiana es exhortada a ella por la más alta autoridad; y, por muy pasado de moda que esté este obedecer en el mundo, no puede sustraerse a su responsabilidad de ser sumisa como al Señor, a quien debe rendir cuentas de su conducta.

Pero la sumisión ordenada solemnemente no es la obediencia ciega y mecánica de un esclavo a su amo, como la de un israelita a su capataz egipcio. Es más bien la sumisión feliz que surge libremente de una entrega apasionada a quien se ama, una

sumisión espontánea a su voluntad que no requiere ni coacción ni estímulo.

6 - «Como al Señor»

Para una mujer creyente, hay una autoridad a la que no puede renunciar. Por eso el apóstol pone al Señor mismo ante la mujer en lo que respecta a su sumisión en su relación conyugal. Debe someterse a su marido «como al Señor».

El Señor Jesús es para todos los suyos el modelo de esta perfecta obediencia que agrada a Dios. «Aunque era Hijo, aprendió la obediencia por las cosas que sufrió» (Hebr. 5:8). Aunque el dolor y el sufrimiento siempre acompañaron su servidumbre, obedecer era para él un gozo. Nuestro Señor siempre se regocijó en hacer la voluntad de Aquel que lo envió. El amor por su Padre era el motor de todo lo que hacía como siervo obediente. Del mismo modo, la esposa creyente debe, por amor, cumplir con devoción la “ley” de su marido.

Pero aquí, la orden está asociada con el nombre del Señor, no tanto como modelo de obediencia sino como aquel de quien emana la autoridad de su marido. Debe someterse a su marido «como al Señor». Se le exhorta a reconocer al Señor Jesús detrás de su marido como la autoridad que gobierna la vida familiar. Así como «la cabeza de la mujer es el hombre», el jefe de todo hombre es Cristo (1 Cor. 11:3). Las piadosas decisiones del marido expresarán, por tanto, la voluntad del Señor para ella, y ella obedecerá con gozo y prontitud. «Pero como la Iglesia está sometida a Cristo, así las mujeres lo han de estar a sus maridos en todo» (Efe. 5:24).

7 - El cariño por parte del marido

Así como el rasgo distintivo de la conducta de la mujer debe ser la sumisión, el del marido debe ser el amor. «Maridos, amad a vuestras mujeres» (Efe. 5:25). En el idioma original, la forma de estas 2 exhortaciones a la pareja casada indica que el acto ordenado debe ser constante y característico. La sumisión de la mujer y el amor del marido deben ser una actitud continua y no ocasional.

En estos principios rectores de la piedad en los 2 pilares del hogar, es significativo que el amor se exhorte especialmente al marido, y no, como cabría esperar, a la esposa, que es la más tierna y sensible de las 2. Al asumir sus nuevas responsabili-

dades, el marido debe considerar cuidadosamente esta distinción para comprender la fuerza particular de la exhortación que se le dirige.

Está claro que, si la mujer debe considerar a su marido como la fuente de autoridad en los asuntos del hogar y en la conducción de su vida en común, el marido, en el ejercicio de esa autoridad, debe expresarle sus consejos y decisiones en términos de amor y afecto que sean adecuados al canal de la voluntad divina. La verdadera unidad del matrimonio se manifestará de la manera adecuada mediante esa autoridad imbuida de afecto. La autoridad del marido se transmitirá a través de las expresiones de su amor, y la obediencia de la mujer será suscitada por los impulsos de su afecto.

8 - El amor de Cristo por la Asamblea, modelo del marido

En este pasaje, el apóstol se detiene en el hecho de que el marido está invitado a considerar la íntima relación de Cristo con su Asamblea, como modelo de su propia relación con su mujer. En este sentido, se pueden mencionar especialmente 2 rasgos de esta relación: **(1)** el sacrificio de Cristo, y **(2)** el cuidado abnegado de Cristo.

El marido debe mostrar su amor, en primer lugar, renunciando por completo a sí mismo para asegurar el mayor bienestar de su esposa, porque «Cristo amó a la Iglesia y sí mismo se entregó por ella» (Efe. 5:25). El Señor se entregó por completo, sin reservas, para defender los mejores intereses de su Iglesia. Y este sacrificio total para asegurar el presente bien y la futura gloria de la Iglesia elegida se erige como modelo a imitar por el marido.

En el matrimonio ideal de las Escrituras, la mujer se convierte, por tanto, en el objeto que cautiva el afecto y la devoción de su esposo, en un grado que se profundiza con el paso de los años. En la vida del hogar, el yo queda relegado a un segundo plano, y el esposo se preocupa a diario de cómo puede complacer a su esposa en lugar de a sí mismo. Y, al olvidar su pequeña señoría, al sacrificarse por amor, se da cuenta de que su esposa no olvida la autoridad que él tiene sobre ella, y está dispuesta a obedecerle, precisamente porque su amor por ella es abundante.

Pero, en segundo lugar, el amor del marido debería manifestarse en una preocupación constante por el bienestar de su esposa. Esta agradable tarea se impone a él

al ver el servicio actual del amor de Cristo que santifica y purifica a la Asamblea mediante el lavado del agua por la Palabra (v. 26). Sea cual sea la actitud de la Iglesia hacia su Señor, Cristo es fiel e inquebrantable en las actividades de su amor para purificarla de todo lo que es incompatible con su nuevo estatus de esposa elegida y copartícipe de sus glorias venideras.

Guiado por el elevado estándar del interés de Cristo por su Iglesia, el esposo se esfuerza por cuidar de su esposa como de su propio cuerpo (v. 28). En primer lugar, la ayuda en su vida espiritual, en las horas de adoración, de oración y de servicio en el hogar. Aligera su trabajo en los asuntos del hogar, la apoya en sus responsabilidades familiares, la protege de las preocupaciones y los temores, la consuela en las horas de tristeza y se ocupa de sus debilidades sin decírselo. Tampoco olvida anotar su dedicación hacia él, en respuesta a su amor, ni alabar sus numerosas cualidades, como le ordena la Escritura (Prov. 31:28-29) si su negligencia requiriera esta orden.

9 - La creación de un nuevo hogar

Otro rasgo de una vida conyugal piadosa, que se pone de relieve en este pasaje, es que la unión matrimonial implica el establecimiento de un nuevo hogar. El apóstol dice: «Por esto, el hombre dejará a padre y a madre, y se unirá a su mujer; y los dos serán una sola carne» (v. 31). Al casarse, la pareja deja 2 hogares parentales y establece un nuevo hogar cristiano.

No se pueden sobrestimar los beneficios y el considerable impacto de un hogar verdaderamente piadoso. A nivel nacional, la vida familiar no se cultiva según los preceptos de las Escrituras como se hacía en el pasado. Las familias unidas por la piedad y que caminan en el temor del Señor no son tan frecuentes como deberían serlo.

En la historia de la humanidad, vemos que la vida familiar tiene prioridad sobre la vida nacional en las Escrituras. Es un testimonio sorprendente del valor que tiene un hogar, de la estima divina. Gran parte del libro del Génesis está dedicado a la narración de una vida familiar apartada del mundo para dar testimonio del Dios vivo y verdadero contra la corruptora influencia de la idolatría, mientras que la historia nacional no comienza hasta el libro del Éxodo.

Esta forma eficaz de testimonio de Dios es realmente necesaria hoy en día. El matrimonio recién contraído delegará el control total del hogar al deseo del Señor. Bajo

tal dirección, el hogar será un centro desde donde la luz de la verdad de Dios brillará en medio de la oscuridad y la impiedad del mundo circundante. Sus ocupantes serán reconocidos como siervos de Cristo.

El hogar no debe confundirse con la casa. El arquitecto hace los planos de la casa, pero son el amor y el orden los que construyen el hogar. En el nuevo hogar cristiano, es importante que el marido y la mujer estén de acuerdo; «y los dos serán una sola carne». La acción debe ser concertada, especialmente en las cosas de Dios. Las costumbres y actividades espirituales de cada uno hasta el matrimonio no tienen que cesar; ahora pueden continuar con la oración y la energía adicional que la misma armonía y la concertación aportan al servicio cristiano. Estos 2 seres felices estarán unidos como nunca en “el trabajo para y con el Señor”. Y los resultados anteriores en bien y bendición no disminuirán, sino que, por el contrario, se incrementarán por la unión íntima de 2 corazones dedicados al Señor.

10 - Los gozos dobles

En la parábola del Señor, el pastor buscaba la oveja perdida en lugares aislados, y se regocijaba de haberla encontrado. Pero en la soledad del desierto, este gozo era limitado. Quería que otros corazones compartieran su gozo. Y «cuando llega a casa», reúne a sus amigos diciendo: «Alegraos conmigo, porque he encontrado mi oveja, que se había perdido» (vean [Lucas 15:1-7](#)).

El hogar es el lugar del gozo, sobre todo del gozo privado y personal. La intensidad del gozo del matrimonio se duplica con creces porque las comparten los 2 que ya no son más que uno y que ahora son todo el uno para el otro. Las pequeñas cosas traen grandes gozos en la intimidad de la vida familiar; los extraños no pueden inmiscuirse en él.

La alabanza y la acción de gracias diarias a Dios ya no son estrictamente cosa de cada uno, sino que experimentan un nuevo fervor en el que todos participan con gratitud. Las oraciones conjuntas del marido y la mujer que interceden son de lo más poderosas porque provienen del corazón de aquellos a quienes Dios ha unido. Estas prácticas piadosas conllevan gozos casi inexpresables, que son tanto más dulces cuanto que se comparten en el nuevo hogar.

En el servicio del Señor, cada uno se fortalece con el otro, y lo que le pueda faltar a uno o al otro se suple. Nuevas formas de servicio se hacen posibles gracias a los

deseos y esfuerzos comunes. Cuando Apolos necesitó estar instruido en las cosas de Dios, la casa de Aquila y Priscila se abrió para recibirlo, y el esposo y la esposa se unieron para explicarle con más precisión el camino de Dios (Hec. 18:24-28).

Estaban de acuerdo en ofrecer la comodidad de su hogar para el bien espiritual de alguien que no carecía de celo ni de capacidad, pero que no estaba maduro en la fe. Este piadoso matrimonio tuvo el gozo de ver que la hospitalidad y la atmósfera cristiana de su hogar fueron aprovechadas más adelante en la vida de Apolos. Los recién casados harán bien en imitar el servicio doméstico de Aquila, Gayo y Lidia, que se describe en el Nuevo Testamento. Este nuevo tipo de servicio para ellos estará completamente a su alcance.

11 - Las penas se reducen a la mitad

Los nuevos hogares son tan radiantes y gozosos que puede parecer inapropiado sugerir que algún día la aflicción será un visitante indeseable. Pero así es. Cierta tribulación es inevitable en cada hogar; pero si el Señor está presente, los ocupantes tendrán su paz. Las oscuras nubes de tormenta pueden ocultar el azul luminoso, pero el creyente sabe que el sol siempre brilla en los cielos y que el arcoíris aparece bajo la lluvia.

Además, en la vida matrimonial, 2 corazones comparten el mismo dolor, y cada uno se esfuerza por asumir la mayor parte de la pena y el daño. El hombre sólido protege a su compañera de un golpe inminente, y la esposa amorosa esconde en su seno muchos dolores, por temor a que su querido esposo tenga que soportar aún más. Pero compartir es mejor que ocultar. La compasión hace que hombres y mujeres sean más fuertes en las horas de aflicción; no hay mejor compasión que la que habita en la vida familiar cristiana.